

¿Qué fue lo que pasó?

Arturo Sosa A.

Los hechos ocurridos entre el 27 de febrero y el 11 de marzo son muy conocidos: comenzaron por la violenta protesta contra el alza desmesurada de las tarifas del transporte colectivo, contra la cual el gobierno no ejerció ninguna acción de control, aunque había de por medio un acuerdo con la Central Unica de Carros Libres y por Puesto. De allí surgió una auténtica poblada que se extendió como una onda expansiva que penetró en abastos y supermercados, encontrando en sus depósitos los productos que durante las semanas anteriores sus dueños negaban, esperando el alza de los precios. La onda se expandió hacia las tiendas de ropa y de electrodomésticos, aparatos de sonido y todas aquellas cosas que todos los días nos dicen por Televisión que hay que tener para ser alguien. La poblada fue la protagonista de la historia venezolana por más de 24 horas. Luego vinieron las medidas de excepción del Gobierno (suspensión de las garantías constitucionales, toque de queda) mientras en Nueva York firmaba con el Fondo Monetario Internacional la "carta de intención". Luego, el Ejército tomó las calles, impuso el orden, la policía y cuerpos de seguridad del Estado iniciaron la detención de presuntos saqueadores y personas vinculadas a actividades organizativas en los barrios y la ciudadanía comenzó un lento proceso de retorno a la "normalidad", pasando por largas colas para reabastecerse, trasladarse en el escaso transporte público disponible a los centros de trabajo y comenzando a digerir lentamente los sucesos intensamente vividos de esos días.

LAS FASES DE UN PROCESO DIFÍCIL DE INTERPRETAR

Conocidos los hechos, cada quien tiene muchas anécdotas y vivencias que contar. Es importante que hagamos el esfuerzo de comprenderlos en su globalidad. Para ello, puede ser útil que distingamos algunas fases que, a pesar de la fluidez de la situación, permiten caracterizar los sucesos de estos días. Es conveniente aclarar que la distinción en fases de un proceso complejo y rápido como el que vivimos en estos días no puede hacerse de una forma tajante. Una de las características de este proceso fue su extensión a los cuatro costados del país en una lapso de tiempo muy corto, pero aun así en cada sitio tuvo sus características específicas. Por ejemplo, en Caracas la explosión se dio antes en los barrios del Oeste que en los del Este. Por eso hablamos de fases y no intentamos establecer una cronología precisa, pues aunque los sucesos en las diversas localidades siguieron cronologías distintas, pensamos que las fases fueron las mismas.

La primera fase es la poblada propiamente dicha. La provoca la explosión popular espontánea. La gente de los barrios y algunos sectores de la clase media fueron los protagonistas indiscutibles de esta fase. Las acciones fueron de protesta (manifestaciones, botar basura por las calles, quemar algunos cauchos..) y arrebatar de las bodegas, supermercados y tiendas los artículos que les eran negados, bien por el acaparamiento deshonesto de estos días o por el nivel de ingresos en continuo descenso que le ha quitado a la mayoría de los habitantes del país hasta la expectativa de conseguirlos. Una fase que significó un acto de afirmación de un pueblo variopinto que no ha sido tomado suficientemente en cuenta por el sistema político que dice gobernar en su nombre. La gente pobre al sentir su fuerza y verse con las manos llenas, experimentó contento, euforia. Por eso, conforme transcurría el tiempo se iba convirtiendo en celebración de todo el barrio.

Una segunda fase surge al calor de esa poblada que empieza a retirarse a sus barrios y casas, dejando la calle y las acciones a grupos más audaces, incluso bandas organizadas de malandros y distribuidores de drogas o pequeñas organizaciones de la ultraizquierda, que emprenden saqueos, destrucción de instalaciones, incluso de algunas fábricas. Una fase en conjunto negativa, pues se provocan daños a personas y bienes sin control con peligro de que se le achaquen al conjunto del pueblo acciones de las que son responsables esos grupos minoritarios mencionados o al retraso con que el gobierno tomó medidas más efectivas.

La tercera fase comienza con el anuncio de la suspensión de las garantías y la toma por parte de las Fuerzas Armadas de la responsabilidad de controlar la situación. Es la de los francotiradores y grupos armados ligados a la ultraizquierda y a la droga que hostilizan y provocan a las FAN. Se desatan en algunos barrios pasiones y venganzas personales o entre diferentes bandas. Es, también, la fase en la que diversos cuerpos de seguridad aprovechan para allanar y detener a su antojo a personas o grupos tachados en sus archivos como "subversivos", o para intimidar grupos populares solidarios que en condiciones normales no pueden agredir. En ella se desata la ideología resentida de las clases media y alta contra la pobre que ve a esta última como enemiga y sacan sus armas y se organizan para defenderse de ella. Una fase en la que la víctima principal es el pueblo que pone, como de costumbre, los muertos y sufre las represalias (allanamientos, detenciones, hostigamientos..) con sus humillaciones. Es, igualmente, la fase de las angustias por buscar donde comprar la comida, no caer víctimas de los excesos de celo por preservar el toque de queda, no quedarse sin trabajo...

Quisiéramos poder hablar de una cuarta fase en la que la vuelta a la cotidianidad no signifique una simple vuelta forzada al pasado, ni un quedarse en el recuento interminable de las anécdotas de

2. FASES Y REACCIONES

estos días sino sea la ocasión de digerir lo sucedido, transformar esa fuerza popular manifestada en algo permanente que pueda hacer crecer al pueblo organizado como sujeto político de una democracia más amplia y profunda.

LAS REACCIONES DE LOS DISTINTOS ACTORES

La otra variable desde la que queremos examinar los hechos para poder comprenderlos es la reacción de los principales actores en cada una de estas fases que hemos señalado. Las reacciones de cada uno de los actores están muy coloreadas por el punto de vista desde el que se perciben vivencialmente las cosas y por la ubicación social e ideología dominante de cada actor.

I. La Gente

Aquí entendemos por este término al "común", al pueblo corriente con su variedad y pluralidad inherente. Esta fue la que reaccionó. Por una vez tomó la iniciativa frente a una situación que se venía sintiendo como crecientemente opresiva. De repente se sintió que podía faltar (faltaba de hecho en muchos casos) el aire. Estalló.

El Cardenal Lebrún en alguna de sus intervenciones acudió a la conocida frase "la violencia engendra violencia". Aquí se cumplió plenamente ese axioma: contra la gente se viene ejerciendo violencia continuamente. Muchas veces hemos repetido cómo la misma estructura social en la que vivimos es violenta. En nuestro caso venezolano, además, esa violencia se ha volcado unilateralmente hacia el pueblo cuando el sistema (más bien sus "dirigentes") se ha visto en "crisis". Esa acumulación de violencia unilateral contra la gente por años y años está, sin duda, en la raíz de esta explosión.

La bomba, muy poderosa, fue puesta poco a poco por esa situación de injusticia estructural. Los responsables de esa situación social explosiva son quienes han detentado el poder de decidir los rumbos de la sociedad venezolana en estos años. Sobre esto hay que ser claros: todos no tenemos la misma responsabilidad en lo que hoy es Venezuela. Quienes han usufructuado el poder dominante tienen una res-

ponsabilidad que no pueden eludir y que están tratando de ocultar. La mecha a esa bomba se la puso el actual gobierno de CAP, aunque intenté escudarse en que apenas tiene unos pocos días. La política económica anunciada desde antes de la toma de posesión, la contradicción evidente entre los llamados al sacrificio al pueblo y la ostentación de la élite política y económica, y las medidas anunciadas por el gobierno donde lo más claro es que el mayor peso se carga sobre los debilitados hombros del común, le pusieron a la bomba una mecha de alta sensibilidad. La chispa fue la aplicación de las medidas de aumento generalizado de los precios, especialmente de la gasolina y el transporte, sin explicación suficiente a la gente, y sin que nadie tuviera claro que las medidas de compensación como el aumento salarial serían verdaderas y realmente ofrecerían a esas mayorías posibilidades de enfrentar la nueva situación.

La primera fase de esta explosión fue masiva y extensa. Casi al mismo tiempo en los cuatro costados del país, multitudes constituidas por personas de todas las edades, sexo y condición salieron a la calle en son de airada protesta. El blanco fueron los abastos y comercios de víveres; luego siguieron los establecimientos de ropa, electrodomésticos.... Toda la noche del lunes 27 al martes 28 se vivió en ese ir y venir de masas populares trajinando toda clase de mercancías, aquellas que se habían hecho inaccesibles por el miope acaparamiento de los comerciantes a la espera de la subida de precios, y las que son normalmente inaccesibles por los bajos ingresos de la gente.

En general se puede decir que fue una jornada "festiva". La alegría de sentirse protagonistas se comunicaba. A partir de este momento comenzaron algunos abusos. Comerciantes pequeños, esos que pueblan las calles de las zonas populares, abrieron sus puertas por propia iniciativa para que la gente se llevara la comida, sin destruir el local y, si eran estimados por la gente por su honradez y actitud solidaria, fueron respetados. Establecimientos más grandes como supermercados, automercados y tiendas vistosas fueron asaltados reventando puertas, vidrieras y gran parte del mobiliario

De esta explosión no hay que quedar-se en lo anecdótico o en la perplejidad. En

ella hay un mensaje de la gente venezolana a los poderes dominantes. Un mensaje de existencia. Parece que los poderes dominantes se han olvidado de la gente como gente. Han prescindido de ella como referencia para la toma de decisiones. La utilizan como objeto político a la hora de las campañas electorales. Pero no la consideran realmente como sujeto al que hay que garantizarle sus condiciones de vida y preguntarle su opinión. La dirigencia político-económica del país se ha convencido de que los venezolanos somos un pueblo que no reacciona, que puede aguantar indefinidamente decisiones que lo afectan directamente mientras aumentan hasta el escándalo las diferencias con los de arriba. Un mensaje que invita a la coherencia entre las palabras y los hechos: si se habla de la Venezuela de todos, de la necesidad de que todos enfrentemos la "crisis" y cuando se toman las medidas ese "todos" se limita a los de abajo, mientras los de arriba no son afectados, sino que mejoran su condición relativa, se genera una tensión social altamente inflamable. Un mensaje, también, social y político: un régimen democrático, aunque imperfecto, no puede darle las espaldas al pueblo como lo ha venido haciendo el nuestro.

Así comenzó la segunda fase de la explosión. Bandas, algunas organizadas de antes, se hicieron con la calle y comenzó una ola de destrucción e incendios de locales de pequeños y medianos comerciantes no sólo de comidas, sino de electrodomésticos, equipos de sonido, mueblerías, etc., incluso algunas fábricas de ropa, carpinterías, talleres.. La conformación de esas bandas es difícil de caracterizar. Malandros, zagaletones, individuos vinculados al narcotráfico barrial, restos ideologizados de la ultrazquierda, elementos que se dejaron llevar por la ocasión de romper las barreras que normalmente los aprisionan... En general, personas inadaptadas, desligadas de la vida cotidiana del común, no representativa de la mayoría del pueblo venezolano sano y noble. Por supuesto, individuos sin liderazgo popular sino, más bien, que atemorizan a la gente cotidiana u ocasionalmente.

En esta segunda fase la gente se fue retirando a sus casas. Por una parte, asombradas de la experiencia nunca antes vivida de haber tomado la calle. Disfrutando su recién estrenado papel protagónico y

2. FASES Y REACCIONES

los frutos inmediatos del arrebato, una cierta abundancia temporal que permitía a muchos celebrar, convidar, compartir... como hacía tiempo no lo habían podido hacer. Una experiencia que necesitará de mucho tiempo para ser plenamente digerida. Para los más viejos se evocaban recuerdos de escaramuzas vividas durante la lucha armada de los sesenta, de la caída de Pérez Jiménez (1958), de Rómulo Gallegos (1948) o de Medina Angarita (1945). Los más jóvenes nunca habían vivido algo así, salvo algunos universitarios acostumbrados a refriegas con las fuerzas del orden.

Pero, por otra parte, la gente empezó a sentir inseguridad. Lo que había comenzado como protesta masiva estaba siendo acaparado por pequeños grupos anarquizados y armados, fuera de control, no identificados como de ellos, como representantes de sus aspiraciones, que podían ahora arremeter contra quien se pusiera por delante. Más aún, podían dar al traste con el mensaje que la gente estaba enviando sinceramente al gobierno, dirigencia política y élites privilegiadas del país.

La tercera fase se da con el establecimiento del "estado de sitio" con la suspensión de las garantías constitucionales y la entrega a las Fuerzas Armadas la responsabilidad de restituir el orden público y la normalidad ciudadana. La gente comienza la vuelta a la cotidianidad. Poco a poco lo va consiguiendo. Se restablecen los flujos de abastecimiento, el transporte, la vuelta al trabajo. La presencia de las Fuerzas Armadas en una actitud percibida por la gente como de colaboración en la mayor parte de los casos, fue un aporte importante para que la vuelta a la normalidad se hiciera suavemente.

En esta fase se mantienen situaciones de tensión y de presión hacia la gente. Grupos radicalizados mantienen focos de violencia que provocan la represión indiscriminada. Dentro de los propios cuerpos policiales se desata la dinámica represiva. Allanamientos injustificados, con secuelas de humillación a las personas y hasta apropiación indebida de objetos en las casas. El operativo destinado a "recuperar" parte de la mercancía sacada de los establecimientos comerciales se convirtió, en muchos casos, en fuente de abusos por parte de funcionarios y "propietarios".

También fue la fase de los rumores en

lugar de la información. Mucha gente comenzó a vivir de tales rumores y a difundirlos. En todos ellos se agravaba la situación de violencia y se daba pie a la imaginación tergiversadora de los hechos. El efecto de la ola de rumores fue la generación de miedos infundados e injustificados que no ayudaron demasiado a mantener la tranquilidad necesaria para la vida normal.

También hay que subrayar la intrincada red de solidaridades que se fue creando entre la gente para compartir lo que había. Solidaridad de la que se beneficiaron con los que, por una razón o por otra se mantuvieron al margen. Solidaridad, por ejemplo, con los soldados apostados en las diversas partes de la ciudad que junto con el buen trato de la gente recibieron ayudas concretas (comida, bebida, acceso a los servicios sanitarios...).

Es en esta gente, en la mayoría del pueblo venezolano, en sus ya existentes organizaciones autónomas, donde se basa la esperanza de la cuarta fase. La esperanza y la posibilidad real de convertir al 27 de febrero en la fecha natal de una etapa en la que el pueblo organizado tenga un papel clave en las relaciones de poder y hacer de nuestra sistema una democracia con pueblo y del pueblo.

2. La Policía

La actitud de las policías merece un comentario aparte. En la primera fase de los acontecimientos, los policías metro-

politano, seguramente más por instinto popular que por órdenes superiores, se sumaron al resto de la gente, se sintieron pueblo común y colaboraron en que la protesta y la toma de los establecimientos comerciales se hiciera con "orden". Hay que recordar que los policías tenían más de un mes de atraso en sus sueldos y que, al igual que el resto de la población, ve deteriorarse día a día su capacidad adquisitiva.

Si los policías metropolitanos, por órdenes superiores o por no intuir lo que estaba pasando y dejarse llevar por las tendencias autoritarias del rol que tienen introyectado, hubieran intentado frenar por la fuerza esta protesta masiva hubieran provocado una masacre con víctimas incontables entre los que se hubieran, seguramente, contado ellos mismos.

En la segunda fase los policías metropolitanos, entre el cansancio y la perplejidad, y objetivamente desbordados por las situaciones actuaron a lo loco, disparando a diestra y siniestra para intentar amedrentar y evitar o amainar lo que se estaba convirtiendo en saqueos incontrolables con una fuerte dosis de violencia destructiva, cobrando algunas víctimas de parte y parte.

Luego los policías metropolitanos desaparecieron de las calles siendo sustituidos por las Fuerzas Armadas y reaparecieron a la hora de la "recuperación" de la mercancía. En esta tercera fase la Policía Metropolitana volvió a su normalidad en la que no está ausente una cierta ten-



2. FASES Y REACCIONES

sión con la gente. Además, volvió a su ejercicio represivo cotidiano en una situación de ventaja, con las garantías suspendidas, por tanto, con mayor margen de abusos posibles que dio pie a situaciones de graves injusticias contra la gente indefensa.

La PTJ y La DISIP en la primera y segunda fases actuaron de un modo semejante a los policías metropolitanos. En la tercera fase comienzan a ejercer sus funciones específicas. Ambas participan en el "operativo de recuperación de mercancía", aunque se retiran al poco tiempo dejando esa tarea en manos de la PM y las FAN, especialmente la Guardia Nacional.

La PTJ tenía mucho trabajo en el instruir expedientes de las víctimas y detenidos. Sobre los primeros todavía quedan dudas y oscuridades que esperamos sean debidamente aclaradas. Diversos organismos y personas han manifestado preocupación por los cadáveres enterrados en fosas comunes sin pasar ni siquiera por los registros del cementerio. Igualmente, preocupa la anunciada elaboración de expedientes a los detenidos para "pasarlos a los tribunales". Esperamos que no se cometan nuevas injusticias como las que se cometieron al momento de los allanamientos y que los respectivos tribunales puedan solventar las injusticias que se cuecen con la celeridad del caso y no se engruesen por esta vía el número de presos que en nuestras cárceles vegetan sin decisión judicial.

La DISIP aprovechó la situación de suspensión de las garantías constitucionales para allanar residencias y detener "subversivos" según sus archivos. Desgraciadamente, en los cuerpos de inteligencia y seguridad del Estado venezolanos no se distingue claramente entre actividades subversivas propiamente dichas, es decir, aquellas destinadas a sustituir el Estado mediante la acción armada u otros medios ilegales, de las acciones, o posiciones ideológicas y opiniones críticas del sistema, incluso orientadas a cambiar sus estructuras económicas y políticas que se efectúan y expresan dentro del marco de la ley y a la luz pública. A toda disidencia se la califica fácilmente de "subversiva" y se actúa en consecuencia. Es pertinente recordar que cualquier tipo de persecución a personas o grupos por

sus ideas expresadas en el marco del ordenamiento legal vigente atenta contra los Derechos Humanos internacionalmente reconocidos y contra la propia Constitución de Venezuela. Este cuerpo centró su actuación especialmente en el mundo estudiantil. De los 91 detenidos de que tuvimos noticia en la sede central de la DISIP en Los Chaguaramos, más de sesenta eran estudiantes o dirigentes vinculados a los gremios educativos que se han destacado por su beligerancia en la defensa de sus legítimos intereses en los últimos años. La medida de liberar entre el 10 y el 11 de marzo a los detenidos que quedaban es un punto a favor de la nueva dirección de este organismo de seguridad tan necesitado de una reestructuración a fondo y de una dirección que lo mantenga en el cumplimiento estricto de sus labores legales.

3. Las Fuerzas Armadas

En la primera fase de la explosión popular la actuación de las Fuerzas Armadas se limitó a apoyar a través de la Guardia Nacional a la Policía. También la Guardia Nacional asumió, en esta fase, la inteligente postura de tratar de moderar la ola popular y, en algunos casos, tratar de evitar saqueos mediante el amedrentamiento. A muy alto nivel las FAN son conscientes, desde este momento, de la gravedad de la situación y preparan una intervención a fondo cuando los mecanismos políticos lo decidan. Desde el punto de vista político este momento es clave. Ante la creciente gravedad de la situación comienzan las presiones internas y externas sobre los altos mandos de las FAN.

La segunda fase del proceso agudiza más la situación. La policía ha sido superada, la Guardia Nacional no parece ser un dique de contención suficiente y el Presidente de la República no ha todavía decidido sobre las medidas. El Ministro de la Defensa, General de División Italo del Valle Alliegro, adoptó y transmitió al con junto de las FAN una actitud de apoyo al sistema político vigente. De esta manera las Fuerzas Armadas reaccionaron como aliadas fundamentales (y fundacionales) del sistema político instaurado en Venezuela a partir de 1958, en un momento en el que la fidelidad de los militares a esa alianza era vital para su subsistencia.

Decidida la suspensión de garantías

las Fuerzas Armadas se hacen cargo de todo lo referente al manejo del Estado de Sitio. Los entretelones de la operación de traslado a Caracas y otras ciudades del país de la tropa suficiente para asegurar el control de la situación no se han hecho públicos; sin embargo, observamos desde fuera la magnitud de las dificultades. Además, imponer y sostener el orden público en una situación muy anarquizada con tropa constituida por jóvenes que hacen su servicio militar, no entrenada específicamente para esos menesteres y ni siquiera conocedores de la ciudad, hacía que la misión no fuera nada fácil.

La presencia militar en la calle devolvió a la gente el respiro. Fueron recibidos como parte de la propia gente y como una colaboración necesaria en la emergencia de volver a la normalidad. Esa presencia permitió que pudieran abastecerse las casas, trasladarse a los sitios de trabajo y contar con una referencia permanente que diera seguridad al ciudadano común.

En los primeros momentos las Fuerzas Armadas actuaron drásticamente y fueron poco a poco suavizando su relación con la gente. En muchos casos la reacción a provocaciones fue desproporcionada. Casos como los de la urbanización 23 de Enero en Caracas o algunas zonas de la parroquia El Valle son conocidos por las víctimas y destrozos causados en muchos apartamentos por los disparos a mansalva de las fuerzas militares.

En la tercera fase del proceso que venimos comentando las Fuerzas Armadas, junto con la Policía y la DISIP, participaron en la requisita casa por casa buscando mercancías de los negocios saqueados. En esas requisas se cometieron muchos abusos —inevitables al decir de muchos, incluyendo a los propios jefes militares y policiales— que fueron desde el trato poco digno a la gente hasta la incautación de pertenencias que nada tenían que ver con los saqueos. También hubo múltiples denuncias sobre apropiaciones indebidas de objetos de valor en las casas allanadas por los funcionarios. Una situación que llegó a hacerse tan tensa que el Presidente de la República, por intermedio del Ministro de la Defensa, ordenó la suspensión de las requisas masivas para "no deshacer con los pies lo que las FAN habían hecho con las manos" como lo expresó el propio General Alliegro.

Como balance podemos decir que la reacción de las Fuerzas Armadas fue un importante factor para que la explosión popular inicial no fuera dominada por la ola anárquica o fuese aprovechada la ocasión por algún grupo de derecha (la izquierda no tiene esa posibilidad en este momento en Venezuela) para convertirse en el actor hegemónico de la política nacional (lógicamente, mediante un "golpe de Estado" apoyado en la fuerza militar). En esa actuación de la institución armada hay que reconocer sinceramente el mérito personal del Gral. Alliegro, Ministro de la Defensa. El Gral. Alliegro posee un importante liderazgo interno en la institución castrense, fruto no sólo de su carisma personal sino también de la existencia de un ambiente interno favorable a lo que él representa como sensibilidad social, compromiso con los espacios democráticos conquistados y concepción de la seguridad nacional. Lo cual no quiere decir que no existan dentro de la institución otras concepciones más autoritarias que presionaron y presionan en otra dirección.

Tampoco hay que esconder que esa concepción existente en la cabeza de las Fuerzas Armadas y en una parte importante de su oficialidad no siempre se encuentra en la base de la organización que, con demasiada frecuencia, asumen actitudes autoritarias y cometen abusos totalmente injustificados contra la población civil parapeteados detrás del uniforme que llevan.

Se hace difícil hacer aquí una evaluación de la actuación de la Dirección de Inteligencia Militar (DIM). La conciencia de la gravedad de la situación manifestada por el Alto Mando Militar desde muy temprano y antes, incluso, que el poder civil se debe a las informaciones que esta Dirección estaba haciendo llegar. Tarea que parece haber cumplido cabalmente durante la primera y segunda fase del proceso con agilidad y eficiencia. Durante la tercera fase también abrió sus archivos (en los cuales es bastante fácil entrar y muy difícil salir, aunque la conducta presente sea distinta) y participó en la detención de personas vinculadas en algún momento a grupos o actividades allí catalogadas como "subversivas" (también en el concepto amplio antes señalado). Algunos parlamentarios hicieron denuncias de maltratos a los detenidos que fueron enfá-

ticamente desmentidos por su Director el Almirante Rodríguez Citraro. En casos como el de la detención de una comunidad de religiosos jesuitas en La Vega (Caracas) la DIM actuó con tino político y celeridad. También aquí manifestamos el deseo de que no se aproveche la situación de emergencia para saldar cuentas de archivo pendientes o para iniciar una nueva edición de "caza de brujas" que, además de producir injusticias personales, añada tensiones y violencia a una situación en sí misma compleja y delicada.

4. El Gobierno

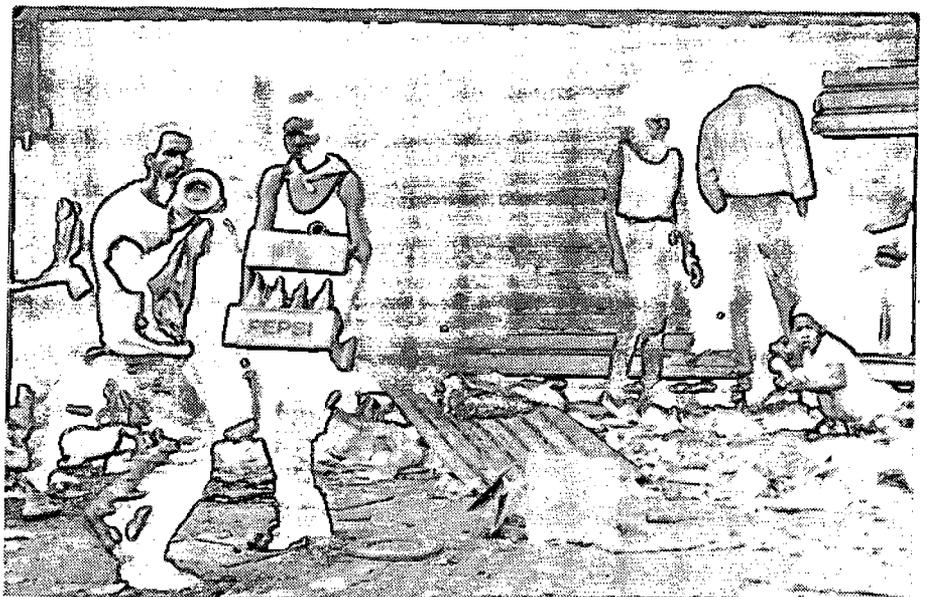
Dentro del Gobierno se mueven niveles muy distintos. Los Ministros llamados "de la economía" se limitaron a defender su proyecto de política económica intentando desligarla de la explosión social sucedida en el país. No parece que los sucesos vayan a cambiar mucho lo que se tenía planteado, pues, mientras el Presidente Pérez justificaba ante el país la suspensión de las garantías constitucionales, ellos firmaban en Nueva York la Carta de intención con el Fondo Monetario Internacional cuya aplicación a Venezuela puede suponer la recarga de la bomba social que acaba de explotar.

El Ministerio de Relaciones Exteriores y demás organismos más vinculados a la función política del Estado no tuvieron la capacidad de percibir que estaban dadas las condiciones para la explosión y mucho menos se percataron del momento en el

que se iba a dar el estallido. Más bien se dejaron llevar por la convicción de un país dispuesto a firmarle en blanco cualquier medida al Líder-Presidente apenas encargado del Gobierno de la República. Cuando se dio el estallido, tampoco supieron dar la respuesta adecuada para evitar la expansión de la onda explosiva.

El Presidente de la República inicialmente pareció no percatarse de la explosión. Su primera reacción fue desde Barquisimeto, adonde viajó cuando ya los primeros brotes habían estallado, para inaugurar una conferencia de "ejecutivos", es decir, para cumplir un compromiso accidental. En esa primera reacción pareció no darle importancia a los acontecimientos más allá de considerarlos disturbios ocasionales fácilmente controlables, con las medidas policiales ordinarias y recurriendo a su propio liderazgo personal y la estructura del partido. Al parecer, la posibilidad de una poblada, de una irrupción del pueblo en la escena política con las características señaladas en la primera fase de este análisis, no estaba contemplada en el horizonte de sus posibilidades, ni las informaciones que le hicieron llegar daban pie a descubrirlo.

En la decisión presidencial estaba la posibilidad de enfrentar la segunda fase de los sucesos. Su tardanza en anunciar la suspensión de garantías ha sido criticada por muchos. El Presidente le dio importancia a hacerlo contando con el repaldo de todos los partidos políticos representados en el Parlamento y dedicó muchas ho-



2. FASES Y REACCIONES

ras a la discusión con sus direcciones nacionales. Esto puede interpretarse como signo de la importancia que Carlos Andrés Pérez le está dando a su política de concertación, junto con no haber percibido para ese momento las características propias y nuevas de lo que estaba ocurriendo. Entre otras cosas, que los partidos (de derecha y de izquierda) estaban ausentes de la calle y eran incapaces de liderizar el proceso y, más aún, de controlarlo.

El discurso con el que avaló la fría lectura del decreto de suspensión de las garantías, en el cual ni siquiera se nombraban sino que se enunciaban los números de los artículos correspondientes de la Constitución, se basó en hacer recurso a su imagen de líder nacional que había obtenido una sólida votación y a su aval internacional, buscando despertar la adhesión a su persona y confianza en su liderazgo, sin referirse prácticamente a lo que estaba sucediendo. Impropia y fuera de lugar fue la parte final de dicho discurso en tono mitinesco de campaña y la reacción del gabinete y dirigentes del partido presentes de levantarse a aplaudir en un momento en que se está anunciando la decisión de recurrir a una medida tan extrema en un Estado de Derecho y en un régimen democrático como es la suspensión de garantías.

En la tercera fase es cuando el Presidente Pérez recupera su papel de cabeza del Estado y del Gobierno. Fue valiente su repetido reconocimiento de que no se trataba de un movimiento provocado por la "subversión" ni por los inmigrantes que viven entre nosotros. Más aún, cuando el Presidente Pérez se percata plenamente del carácter social y masivo de la explosión en su primera fase, hace público su análisis de que se trató de una reacción de los pobres contra los ricos, especialmente contra los especuladores. Análisis que percibe claramente el carácter social del estallido y envía un mensaje directo al sector privado empeñado en buscar cualquier otra explicación de los hechos. El Presidente lideriza las acciones gubernamentales para acelerar el proceso de retorno a la normalidad. Sin embargo, en su lenguaje todavía se hace una distinción significativa: cuando se habla del sacrificio de todos para corregir el rumbo de la economía, a los consumidores y pueblo

en general se les exige e impone su propia cuota, pero al sector privado se le exhorta a aceptar la suya.

Por su parte, el Ministro de Relaciones Exteriores, Dr. Alejandro Izaguirre, veterano luchador político, no logró establecer una buena comunicación con la población y convertir en referencia de seguridad política a las acciones del Gobierno. Sus apariciones en cadena de radio y televisión no fueron convincentes. La interpelación ante las cámaras legislativas no ayudaron a hacernos percibir que el Gobierno conocía la situación a fondo y estaba dando los pasos para su superación.

5. El Sector Privado

No nos referimos a individualidades sino a lo que como conjunto ha aparecido. En esta ocasión, además, ha aparecido como "sector" con intereses comunes que representar y defender. El sector privado no distingue la primera y la segunda fases; simplistamente interpreta que lo sucedido es una acción vandálica desmedida y no controlada a tiempo. Menos aún reconoce alguna responsabilidad en las causas próximas y remotas de la explosión. Fue el Dr. Caldera, con el aval de su larga experiencia en lidiar con ellos, quien les tuvo que recordar que ellos, el sector privado, han sido "gobierno" todos estos años. Es decir, les recordó que ellos son aliados fundamentales del sistema político y que no pueden eludir tranquilamente sus responsabilidades o tratar de sacar de allí sólo beneficios.

En la tercera fase ha puesto de manifiesto su imagen peyorativa del pueblo venezolano a quien ve como inferior, como "marginal" que con mucho esfuerzo puede incorporarse a la modernidad por ellos representada y en este momento como turba desbocada y amenazante. Al gobierno le exige que devuelva a las masas a sus "guaridas" (así parece que conciben ellos a los barrios en los que habitan las tres cuartas partes de los habitantes de las ciudades de Venezuela). Ha manifestado, al mismo tiempo, su desconfianza en el país. La explosión social de estos días justifica su actitud de no invertir en Venezuela y afianza su decisión de sacar todo lo que se pueda. En fin, es la lógica del capitalismo.

Es lícito hacernos la pregunta sobre

hasta donde llega el compromiso del sector privado con el actual sistema político. Así como en esta ocasión la Fuerzas Armadas demostraron su fidelidad al sistema democrático, no vemos signos tan contundentes en el sector privado. Da la impresión de que la adhesión a la democracia estaría subordinada a la preservación de sus privilegios. Dicho de otra manera que —con honrosas excepciones— antes de aceptar algún sacrificio podría quitarle su apoyo a la actual alianza de poder (siempre que consigan, por supuesto, con quien formar una nueva alianza). En la actual situación del país es necesario estar conscientes del papel que puede jugar el sector privado y de las presiones sociales y políticas que habrá que ejercer para que acepte la reforma del sistema en su nueva etapa.

Hasta ahora se ha visto a un sector privado con grandes dificultades por ver y pensar más allá de sí mismo. Un sector privado que reacciona bajo presión o miedo y no por convencimiento o porque se dispone a entrar en un juego de negociaciones sociales en el que no se pueden obtener sólo ganancias, sino asumir también compromisos para hacer posible la convivencia y el mejoramiento productivo, político y social del conjunto del país.

Con esta visión global podemos, ahora, profundizar distintos aspectos de lo sucedido a partir del 27 de febrero de 1989.

